

OÍ CONTAR QUE EN OTRO tiempo, cuando Persia...

Ricardo Reis

Versión libre de Jorge Lobillo

OÍ CONTAR QUE EN OTRO TIEMPO, CUANDO PERSIA
tenía no sé qué guerra,
cuando la invasión ardía en la ciudad
y las mujeres gritaban,
dos ajedrecistas seguían
el continuo juego.

A la sombra de un tupido árbol
solo atendían al antiguo tablero.
Y al lado de cada uno, esperando sus
momentos más destacados,
cuando se había movido la pieza, mientras
se esperaba al adversario,
un vaso de vino les refrescaba
sobriamente la sed.

Ardían casas, saqueadas
las arcas y las paredes;
violadas, las mujeres eran puestas
contra los muros caídos;
traspasados por lanzas, los niños
pura sangre en las calles...
Pero donde estaban, cerca de la ciudad
y lejos de su ruido,
los jugadores seguían
la partida de ajedrez.

Aunque en los mensajes del yermo viento
llegasen gritos,
y, al pensarlo, les subiese desde lo más hondo
que ciertamente las mujeres
y las tiernas hijas violadas estaban

en esa distancia próxima;
aunque, en el momento que lo pensaban,
una sombra leve
les pasase por la frente absorta y vaga,
pronto sus ojos serenos
volvían la atenta confianza
al viejo tablero.

Cuando el rey de marfil está en peligro,
¿qué importa la carne y los huesos
de madres, hermanas y niños?
Cuando la torre no cubre
la retirada de la reina blanca,
el saqueo poco importa.
Y cuando la mano confiada da jaque
al rey del adversario,
poco le pesa al alma que a lo lejos
estén muriendo hijos.

Incluso que, de pronto, desde el muro
surja el sañudo rostro
de un guerrero invasor, y rápido deba
en sangre allí caer,
el solemne jugador de ajedrez,
todavía un momento antes
(y atento al cálculo de un lance
con efecto horas después)
aún entregado al favorito juego
de los grandes indiferentes.

Caigan ciudades, sufran pueblos, cesen
la libertad y la vida.

Los tranquilos bienes y las herencias
ardan y sean arrancados,
mas cuando la guerra interrumpa los juegos,
esté el rey sin jaque,
y el peón de marfil más avanzado
pronto a ganar la torre.

Hermanos, que amamos a Epicuro
y lo entendemos
más por nosotros mismos que por él,
aprendamos en la historia
de los serenos jugadores de ajedrez
cómo pasar la vida.

Todo lo que es serio poco importe,
lo grave pese poco,
el natural impulso del instinto
ceda al inútil gozo
(a la sombra plácida de la arboleda)
de jugar una excelente partida.

Lo que nos llevamos de esta vida inútil
vale tanto, sea
gloria, fama, amor, ciencia, vida,
como si fuese apenas
la memoria de un juego bien jugado
y una partida ganada
a un mejor jugador.

La gloria pesa como un fardo agotador;
la fama, como la fiebre;
el amor cansa, porque es serio y procura;
la ciencia nunca encuentra;
y la vida pasa y duele porque sabe ...
El juego de ajedrez
secuestra el alma, pero, perdido,
pesa poco, pues nada es.

¡Ah!, bajo las sombras que sin querer nos aman,
con un vaso de vino
junto, y atentos solo a la inútil faena
del juego de ajedrez,
aun cuando este sea solo sueño
y no haya compañero,
imitemos a los persas de esta historia
y, mientras allá fuera,
cerca o lejos, la guerra, la patria y la vida
claman por nosotros, dejemos
que en vano llamen; cada uno de nosotros,
bajo las sombras amigas,
soñando, compañeros y ajedrez,
su indiferencia. **LPyH**